nada en él que implique contradiccion; y solo es misterioso por causa de riqueza y sabiduría.

Dios hizo todas las cosas para un objeto, y un objeto digno de El, sin duda. ¿Qué otro objeto digno de El puede haber que El mismo? Mas por sí mismas, todas estas cosas creadas (y tan admirablemente enlazadas entre sí por una escala ascendente de mediaciones, desde la materia inerte hasta el angel, pasando por el hombre, que une en sí sus dos naturalezas) ¿qué relacion, qué proporcion pueden tener con este fin así reconocido, con Dios mismo, si el mismo Dios no desciende y no viene á apoyarse en esta escala, como se dice de la vision de Jacob, y no viene á penetrar todas sus gradas con este valor infinito que les falta para subir hasta El (1)? Y por esto mismo ¿qué cosa mas lógica y mas armónica, sino que el mismo Verbo por quien ha producido de la nada todas las cosas y que las sostiene, las tome en Sí por el medio en que ellas se unen, el hombre, y, apropiándoselas, llegue á ser su mediador perfecto con relacion á Dios?

«Por su propia virtud, revistió al mundo, dice San Ambrosio, y como bajo esta vestidura universal, resplandece en todos los séres.» «*Virtute sua induit mundum, et, tamquans eo amictus, fulget in omnibus* (2).

San Bernardo ve en este misterio, lo que llama una *mixtura*, que no es mas que el término y el coronamiento de la espiral ascendente de la creacion. Parte del barro de la tierra y muestra á Dios mezclando á este barro una virtud vital, *vim vitalem*, con que forma los árboles. No deteniéndose en este grado, añade Dios al mismo fondo una virtud sensible, *vim sensibilem*, con que forma los animales. Queriendo honrar todavía mas nuestro barro, le impone Dios una virtud racional, *vim rationalem*, y hé aquí á los hombres. Deseando, en fin,

(1) Génesis, XXVIII, 13.
(2) *De fuga sæcul.*

para mayor gloria, elevar nuestra debilidad á su mayor altura, contrae su Magestad, *contraxit se Majestas*, para que lo que tenia mejor, á saber, El mismo, se una á este barro de nuestra naturaleza creada.

«Quisiera, señores, dice magníficamente Bossuet, repre»sentaros que Dios, para referir todas las cosas al misterio de »su unidad, estableció al hombre como mediador de toda la »naturaleza visible, y á Jesucristo, Dios Hombre, como único »Mediador de todo la naturaleza humana. Toda la naturaleza »quiere honrar á Dios y á su principio, en cuanto es capaz de »ello; la naturaleza insensible, privada de razon, no tiene co»razon para amarle, ni inteligencia para conocerle. Así, no pu»diendo conocer, todo lo que puede hacer, dice San Agustin, »se presenta á nosotros ella misma para ser por lo menos cono»cida y darnos á conocer á su divino Autor. De esta suerte glo»rifica al Padre celestial imperfectamente y á su manera. Mas á »fin de que ella consuma su adoracion, el hombre debe ser su »mediador; á él le corresponde prestarle una voz, una inteligen»cia, un corazon ardiendo de amor en toda la naturaleza visible, »á fin de que ame en él y por él la belleza invisible de su Criador. »Pero este mediador de la naturaleza visible necesitaba tam»bien un mediador. La naturaleza visible no podia amar, y por »esto necesitaba un mediador para volver á su Dios. No hay »duda que la naturaleza humana puede amar, pero no puede »amar *dignamente*. Era, pues, preciso darle un mediador que »amara á Dios, *de la manera como puede amársele*, que »adorase á Dios *del modo como puede ser adorado*, para que »en él y por él pudiéramos tributar á Dios, nuestro Padre, »un homenaje, un culto, una adoracion, un amor *dignos de »su Majestad*. Es, señores, ese Mediador que se nos ha dado »en el dia. ¡Regocíjate, oh naturaleza humana! Tú prestas tu »corazon al mundo visible para amar á su Criador, Jesucristo »te presta el suyo para amar *dignamente á Aquel que no pue-*

de »ser dignamente amado sino por otro Él mismo (1).»

Defendámonos contra otras veinte citas de esta doctrina que compiten en belleza. En resúmen, siendo el hombre el epílogo de la creacion, al tomar el Verbo la naturaleza humana, ha tomado, reunido y recapitulado en Sí todas las existencias creadas: *Instaurare omnia in Christo, quæ in cœlis et quæ in terra sunt, in ipso* (2), y al unírselas, las ha referido todas á su principio, que es El mismo, *por quien*, en cuanto Dios, todo ha sido hecho; *para quien*, en cuanto hombre, ha sido todo hecho; *en quien*, como Hombre-Dios, todo se consuma y se unifica; *Per quem omnia,—propter quem omnia,—in quo omnia* (3); y de esta suerte volvemos á la gran palabra de San Pablo.

En este sentido es cierto decir todavía con el Apóstol: — *Omnia vestra sunt,—vos autem Christi,—Christus autem Dei* (4).

No es para ellas mismas para lo que ha hecho Dios cada una de las criaturas que componen el universo, sino las unas para las otras y todas para El. Nada está aislado; todo se enlaza. La universalidad de las cosas inferiores encuentran así su primer fin en el hombre que las dominaba en otro tiempo con toda la elevacion de su naturaleza racional, hoy decaida, y que puede resistir su imperio sobre ellas por la gracia: *Omnia vestra sunt*. Pero este imperio tiene un Señor de quien recibe el hombre en poder todo lo que le rinde en sumision, y este es el Cristo, Rey universal á quien quedó sujeto en cuanto Hombre: *Vos autem Christi*. Y finalmente, el mismo Cristo en su humanidad depende de Dios, de su propia divinidad, en

(1) Segundo sermon para la festividad de la Anunciacion.
(2) A los Efesios, I, 10.
(3) A los Hebreos, II, 10.
(4) I.° A los Corintios, III, 22, 23.

la que solo forma un sér con su Padre, de quien todo depende y á quien todo se remonta: *Christus autem Dei*.

Es el plan divino, del cual es el Cristo la piedra angular, en la que se une toda la construccion, elevándose en templo santo hasta á Dios (1).

Tal es el plan divino con relacion á Jesucristo.

Una palabra postrera acerca de su ejecucion.

Cuando el hombre fue creado en este estado de inocencia y de luz que le hacia vecino del cielo, si el Verbo de Dios que conversaba con él en el Paraiso, se hubiera unido desde entonces á él, haciéndose hombre, este misterio de gracia se confundiria en cierto modo á nuestros ojos con el misterio natural de la creacion, y no encontrariamos en él mas dificultades

(1) *A los Efesios*, II, 21. No uniremos aquí, á la esposicion de la Doctrina, una opinion que nos hemos apropiado en otra parte; porque, por autorizada que sea por los Santos y los sabios doctores que la profesan, por próxima que se halle al dogma, sin embargo, no lo es, y queremos mantenernos aquí en el puro dogma: es la opinion de que *el Verbo se hubiera encarnado, aun cuando no hubiese pecado Adan.* Esta es una hipótesis, y esto solo basta para considerarla fuera de la fe. La fe, no obstante, lejos de prohibirla, la fomenta en el puro dominio del espíritu, como *procedimiento* conforme á su naturaleza para asociar dos verdades que son de fe: la una, que JESUCRISTO *es para el mundo*; la otra, que le disputa el paso, *que el mundo es para* JESUCRISTO. Compréndese cuánto esta segunda verdad, igual á la primera, encuentra asiento en la opinion en cuestion. No insisteremos, pues; con tal que se tenga esta verdad, que *el mundo es para Jesucristo*, como cierta y obligatoria. Que la Encarnacion, en la que Jesucristo es constituido heredero de todas las cosas, haya sido decretada *a priori* ó *ex post facto*, con relacion al pecado original, importa poco en este órden divino en que el tiempo no tiene parte alguna, y en que todas las cosas están presentes al Eterno consejo: basta que se reconozca y que se crea que el mundo no ha sido *referido* únicamente á JESUCRISTO, sino que todo ha sido hecho PARA EL, *Hijo del Hombre*, asi como ha sido todo hecho POR EL, *Verbo de Dios*; y esto, por consiguiente, *antes que nada fuese hecho.*

que las que encontramos en todos los que nos ofrecen el hombre mismo y la naturaleza.

Pero lo que no se hizo entonces se hizo desde antes en los designios eternos de Dios. Solo se aplazó su consumacion á la plenitud de los tiempos. Asi, la gracia de esta union fue ya tenida en cuenta al hombre. ¿Por qué, pues, este aplazamiento? Porque asi plugo á Dios. Puede decirse, no obstante, que la prevaricacion del hombre no fue estraña á esto, como no lo fue ciertamente, segun veremos despues, al modo expiatorio con que debió hacerse desde entonces la humanizacion del Verbo.

Como quiera que sea, siendo cierto que al crear al primer hombre, Dios creó en él toda su posteridad, es absolutamente cierto decir que preparaba ya, en el jefe ó cabeza natural de esta posteridad, la humanidad del Verbo, este Hombre Dios, que debia ser su jefe sobrenatural, Jesucristo. El primer Adan era la figura del futuro: *Adam, qui est forma futuri*, como dice San Pablo (1), lo cual traduce Tertuliano á su manera, diciendo: *Quodcumque limus exprimebatur, Christus cogitabatur homo futurus;* «en todos los rasgos que Dios modelaba, tenia presente el espíritu de Cristo que debia ser hombre (2).»

Y como, segun el órden de toda sabiduría, el fin propuesto es precedido por todo cuanto se habia hecho por ella, y la ejecucion es en órden inverso de la intencion, segun vemos en el plan de la creacion, en que el hombre aparece el último, no obstante haber sido hechos todos los demás séres en consideracion á él en el órden de su misma inferioridad; asi Cristo debia aparecer despues del hombre, y esta posterioridad de aparicion, adquiere por su preludio y su retraso, un valor de primacía tanto mayor.

(1) *A los Romanos*, V, 14.
(2) *De Resurr. carn.*, núm. 6.

Por esto se justifica esta doble palabra de San Pablo «que el Cristo es (como hombre) el primogénito de toda criatura;» primogénito en la intencion divina; primogénito como fin del hombre, fin el mismo de toda la creacion inferior que habia precedido: «que él fue constituido *heredero del universo*; que es antes que todos, y que en él *consisten* todas las cosas (1), como en su razon de ser y en su último fin.

«No se planta principalmente la viña sino por el fruto, dice con su gracia ordinaria San Francisco de Sales; «y por tanto, el fruto es lo primero que se desea y pretende, aunque las hojas y las flores precedan en la produccion. Asi, el gran Salvador fue el primero en la intencion divina, y con ese proyecto eterno que la divina Providencia hizo de la produccion de este Fruto apetecible, fue plantada la viña del Universo, y establecida la sucesion de muchas generaciones, que, á guisa de hojas y de flores, debian precederle, como precursores y preparativos convenientes á la produccion de este racimo, que tanto elogia la Esposa de los Cantares, y cuyo licor regocija tanto á Dios y á los hombres (2).»

Dios comenzó por la tierra, criatura la mas rudimentaria y la menos noble; despues siguió por los planetas, los animales, el hombre; y, por último, coronó todas sus obras con la mas noble de todas, y que las recapituló todas, celestes ó terrestres, produciendo á su Hijo único en un cuerpo humano. Le hizo nacer en medio de los tiempos como un Monarca en medio de sus Estados, para que todos los siglos que le preceden ó que le siguen se refieran á El como á su centro y á su cima. Principio de todos los séres, como Verbo creador, llegó á ser su fin gracioso, como Verbo mediador, para llevarnos á su fin glorioso en el seno del Padre: «á fin de que, como el mismo lo dice, estando todos en Mí, y Yo en tí, sean consumados en la uni-

(1) *A los Colosenses*, I, 17.
(2) *Tratado del Amor de Dios*, lib. II, cap. V.

dad como Nosotros somos Uno (1).» Y este Padre celestial, *introduciendo así á su Primogénito en el mundo dijo : Que le adoren todos los Angeles* (2) en esta humanidad, segun la cual es mi Primogénito, y le he constituido Heredero de todas las cosas, y que *á su Nombre se doble toda rodilla en el cielo en la tierra y en los infiernos* (3).

«Señor, esclama de lejos un Profeta, Señor, aquella inefable OBRA TUYA *la harás patente en medio de los años* (4).

Aquella obra tuya. Espresion admirable por su fuerza y su sentido. Hasta allí, no habia mas que las *obras* de Dios en la creacion, pero no habia *su obra*; su obra por escelencia, y verdaderamente digna de él. Buscaríase en vano esta obra, entre todas las criaturas terrestres ó celestes, visibles ó invisibles. Es verdad que se dice comunmente del hombre que es la obra maestra de Dios; y en efecto, vemos al Criador de todas las cosas recogerse en el momento de esta última obra. «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza,» dice; y le da esa *faz sublime* donde resplandece Él mismo. Pero ¡ay! esta obra probó demasiado hasta qué punto era frágil; no conservó por mucho tiempo la dignidad primera de su creacion, dignidad que aun entonces era tan inferior á Dios, que no decayó precisamente sino por haber querido igualarse á El. Todo cuanto puede decirse es que este era el bosquejo de este hombre perfecto de quien solo puede decirse á Dios : *Esta es vuestra obra*. Obra á vuestra altura, porque no es solamente hombre, sino HOMBRE-DIOS. Vuestra Obra tambien, en este sentido, que en El entran todas vuestras obras para no formar mas que *una sola obra*, remontándose á vuestra eterna Magestad, Jesucristo.

(1) San Juan XVII, 21, 22, 23.
(2) *A los Hebreos*, I, 6.
(3) *A los Filipenses*, II, 10.
(4) Habacuc, III, 2.

De Jesucristo Supremo Rey del mundo, en efecto, es de quien habla el Profeta, cuando dice : «Esta es la Obra tuya,» porque añade al punto. «Vendrá Dios de la parte del Medio »dia y el Santo de hácia el monte Pharan; su gloria ha eclip»sado los cielos y la tierra está llena de sus alabanzas. Lle»vará delante de sí como en triunfo la Muerte y al Diablo de»lante de sus piés. Detúvose y midió la tierra y echó una mi»rada sobre las Naciones y acabó con ellas; y quedaron redu»cidos á polvo los altísimos montes; encorváronse los collados »al pasar el Eterno. Yo empero, me regocijaré en el Señor y »saltaré de gozo en Dios, JESUS MI SALVADOR (1).»

Este es el REY QUE LA NATURALEZA DABA Á LUZ, y al cual *deberíamos creer para salvarnos*, segun los antiguos oráculos á que aluden Ciceron y Suetonio. La Naturaleza entera, en efecto, aspirando, á su fin, segun hemos demostrado, y no pudiendo alcanzarlo sino por un mediador que participara de ella y de Dios, daba á luz este mediador, su Rey, de que ella era la creacion continuada en consideracion á El. Ella le llevaba tambien en su seno como el *primogénito* de toda criatura: *porque nosotros sabemos*, escribia San Pablo á los Romanos que estaban entonces muy preocupados con esto, que *hasta ahora toda criatura gime y está con dolores de parto*. Y no sólamente ella, sino tambien nosotros mismos, esperando la adopcion de hijos de Dios (2).» Estendiendo mas todavía la palabra de Tertuliano ya citada, puede decirse: OMNIS CREATURA GRAVIDA CHRISTO.

Y este gran CRISTO, Principio y Ejemplar de la creacion en su Divinidad, Fin y coronamiento de esta misma creacion en su Humanidad glorificada, operando en su Persona la union del Principio y del Fin de la universalidad de las cosas crea-

(1) Habacuc, III, 3, 5, 6 y 18.
(2) *A los Romanos*, VIII, 22, 23.

das, para referirlas dignamente á su Padre y á su Autor, ha podido decir de lo alto de su cielo donde se ha remontado para juzgar á cada uno conforme á sus obras: «Yo soy el Alfa y el Omega, el Primero y el Ultimo, el Principio y el Fin, para siempre (1).

Ciñámonos á esto sobre un asunto que agotaría todo discurso. Aunque imperfecta y despojada su esposicion, creo poder decir que la belleza es en él el esplendor de la verdad y basta á su testimonio.

Sin embargo, falta á esta verdad el carácter de todas las verdades cristianas y que es como su piedra de toque: una conclusion práctica.

Pues bien, yo creo poder deducirla en pocas palabras aquí, reservándome volver á ella en otra parte.

Este consiste en que Jesucristo no es sólamente ese Salvador humillado y aniquilado por nuestros crímenes, ofreciéndonos una gracia que nos viéramos inducidos á desdeñar ó simplemente á desatender, por razon de ese mismo aniquilamiento que nos la procura; sino que es tambien Dueño y Rey de este mismo mundo de que es el Salvador: consiste en que si Jesucristo *es hecho para el mundo*, es otra verdad que disputa el paso á aquella, á saber; *que el mundo es hecho para Jesucristo*.

¡Y cuánto se avaloran estas dos verdades recíprocamente! ¡Qué valor no toma este Amor aniquilado, cuándo es el de la Omnipotencia! ¡Y qué cuenta mas terrible no deberá darse á esta Omnipotencia de este mismo Amor despreciado!

Solo creemos á medias en Jesucristo; y aun á él mismo lo dividimos. *El dulce y humilde de corazon*; hé aquí á nuestros ojos el Señor y Justiciero. No vemos mas que gracias en sus manos que lanzan tambien el rayo. Sin duda, el Amor y la

(1) Apocalipsi, XXIII, 13.

Misericordia están á su derecha; pero el Poder y la Justicia están á su izquierda; y ¿de qué mas necesita que de su izquierda para reducir á polvo las naciones y hacer desaparecer á los Potentados del siglo? Así lo hizo con el mundo romano, cuyo último representante no pudo oponerle mas que el polvo en que habia entrado, esclamando: «¡Venciste, Galileo!» Así ha hecho despues con todo lo que ha tenido la loca audacia de levantarse contra El.

¿Y qué somos nosotros mismos, en el dia, naciones modernas nacidas de su amor, sino los vasallos de su cólera por haber querido disputarle la Primacía, por querer aun eliminarle de nuestros consejos y volver á llevarle á su Calvario? Porque nosotros hemos llegado á tal estremo en el dia, que si los malos esperimentan ódio, los buenos tienen miedo á Jesucristo. Hay porfía, en prescindir de El en el público naufragio en que nos alarga esa mano que ha creado, que ha salvado al Mundo. No hay duda que se puede rehusar la gracia, pero no se puede rehusar el castigo; se puede rehusar la resurreccion, pero no se puede rehusar la ruina, para la cual basta que nos abandone á nuestra nada. Quien no quiere recibir al Salvador, está obligado á sufrir al Juez; y así se desprende siempre de El. Redentor ó Vencedor del mundo, siempre es el Señor y el Heredero. Escoltado por los escogidos, arrastra á su carro á los réprobos y á los soberbios, y los unos cantando de amor, y los otros gritando de rabia, ó gimiendo su decepcion, todos tributan este mismo testimonio:

¡CHRISTUS VINCIT! ¡CHRISTUS REGNAT! ¡CHRISTUS IMPERAT!